

carnet de conducir a los dieciocho años, en julio de 1951, sin ser consciente de que este hecho le ofrecerá una ocasión privilegiada para convivir durante veintitrés años junto a Josemaría Escrivá. Un año después, pide la admisión como numerario del Opus Dei.

El 6 de junio de 1953 tras viajar en avión por primera vez, llegó a Roma, donde conoció a Escrivá. Según el plan inicial, estaba previsto que Cotelo acompañaría a don Manuel Botas, a Perú donde comenzarían –junto con otras personas– la labor apostólica del Opus Dei en ese país. Pero, finalmente ese viaje no se llevó a cabo por los compromisos militares que Cotelo tenía pendientes con el Ejército español.

Pocos meses después, en octubre de 1953, Cotelo tuvo la oportunidad de llevar por primera vez a Josemaría Escrivá en coche. Será a Los Rosales, que era por aquél entonces, un centro de formación para mujeres del Opus Dei en Villaviciosa de Odón (Madrid). Transcurrido un tiempo, en el verano de 1955, Cotelo se trasladó a Roma para trabajar en la construcción de Villa Tevere, mientras cursaba el segundo año de Arquitectura. Más tarde, en 1956 volvió a España para trabajar en Talleres de Arte Granda, en Madrid.

Tras el fallecimiento de Armando Serrano, en diciembre de 1961, Alfonso Cárdenas fue el encargado, durante unos meses, de llevar a Escrivá en coche. Hasta que, en abril de 1962, Cotelo se trasladó de nuevo a Roma, ya de manera definitiva. Y a partir de este momento es donde se desarrolla la parte central del libro, que corresponde a los trece años que el autor del libro fue el “chofer” de Escrivá (1962-1975). Venecia, Pamplona, Atenas, Corinto, Tor d’Aveia, Gagliano Aterno, Varese, Premeno, Montecatini, Caglio, Civenna son algunos de los lugares que se van sucediendo cronológicamente a lo largo de la narración. En cada uno de ellos, Cotelo evoca algún suceso junto a Escrivá y sus acompañantes. La narración finaliza con el fallecimiento de Josemaría Escrivá, el 26 de junio de 1975. Cada uno de estos breves capítulos tiene su interés, al mostrar episodios de la vida cotidiana del fundador del Opus Dei, desconocidos hasta la fecha.

Estos recuerdos autobiográficos, han sido escritos de una manera muy viva y ágil, e ilustrados con dibujos del propio autor. Pensados para el gran público, se leen de un tirón, y ofrecen una aproximación a la figura del fundador del Opus Dei, desde la personal y cercana perspectiva del autor. Por todo ello, no precisan de acudir a fuentes documentales.

El valor del libro reside, a mi juicio, en ofrecer una visión de Josemaría Escrivá, distinta a las que se han publicado hasta la fecha. Una visión muy ligada a los recuerdos personales de una persona que trató a Escrivá, y por tanto muy testimonial.

J. Mario Fernández Montes

José Luis OLAIZOLA, *Diario de una nonagenaria*, Madrid, LibrosLibres, 2020, 126 pp.

Este libro firmado por el escritor José Luis Olaizola es, en realidad, un manuscrito redactado por su esposa, Marisa Morales, fallecida por Covid en 2020, pocos

días antes de cumplir los 91 años. Como se indica en el prólogo, los apuntes fueron encontrados tras su muerte y causaron un gran impacto en la familia, ya que eran totalmente desconocidos. Olaizola sólo ha tenido que corregir un poco algunos párrafos y escribir el prólogo.

No es un libro académico. Marisa Morales escribía mucho, pero solo para ella. O, mejor dicho, para que lo leyeran sus nietos porque deja siempre muy clara su intención de no publicar. Como mucho pensaba en una edición familiar... pero tampoco se hacía demasiadas ilusiones. Se trata, podríamos decir, de un diario al estilo clásico, donde la autora va escribiendo a vuelapluma diversos momentos de su vida, los que considera más importantes. Afirma en un momento determinado que ha llenado muchos cuadernos, así que es posible que se encuentren entre ellos más materiales para la imprenta.

En estas páginas amenas y divertidas, que se leen rápidamente, podemos observar a una mujer de fuerte personalidad, muy empeñada en lograr sus objetivos y acostumbrada a conseguirlos desde joven. Pasa por la Guerra Civil (1936-1939) sin apenas enterarse, ya que su familia logró llegar a Galicia, donde los frentes de lucha se encontraban muy lejanos. Fue consciente de que huían, pero su imaginación quedó prendada de la aventura por mar, nada más. Respecto a su juventud, nada parece indicar que estemos en los terribles años cuarenta o cincuenta de la España franquista. Marisa se divertía bastante con sus amigas y tuvo, por lo que cuenta, buenos pretendientes. Ni se asoció a la Acción Católica ni tuvo nada que ver con los encuadramientos falangistas de la juventud. Iba por libre, le encantaban las verbenas, el cine y las “diversiones modernas”. Su formación religiosa era la habitual en aquellos años: prácticas devocionales y recepción de los sacramentos. Algún detalle que cuenta manifiesta que nunca fue pusilánime. Con el tiempo, quizá por el tipo de formación religiosa recibida, fue enfriándose su fe, igual que le ocurrió a su marido: ya tenían varios hijos, el trabajo era abundante para ambos y ocupaba muchas horas; además él comenzó a tener éxito en la abogacía y las posibilidades sociales y económicas aumentaron. Fue José Luis Olaizola el primero que conoció el Opus Dei, a través de un familiar, y pidió la admisión, cosa que no resultó bien recibida por Marisa: «...me sentó como un tiro: ¡Cómo que se había hecho del Opus sin consultármelo! Ignoro qué explicación me dio, pero no me satisfizo, entre otras razones porque yo sabía muy poco del Opus, y me daba la impresión de que esa entrega podía mermar su dedicación hacia mí y a su familia en general. Ahora tenía que compartir su corazón entre el Opus Dei y nosotros. Así discurría yo en aquellos tiempos» (pp. 58-59). Sin embargo ella misma siguió sus pasos un tiempo después, aunque declara en su diario que de eso no piensa hablar, porque «pertenece a mi intimidad, y quien quiera saber lo que es la Obra tiene documentación sobrada sin tener que recurrir a las memorias de una aficionada» (p. 60). Para entonces la familia había aumentado hasta los ocho hijos, de los cuales ella disfrutó siempre muchísimo. Se diría que era feliz trayéndolos al mundo. Tampoco es que la autora se detenga en este punto, pero se hace evidente en todo el texto. Y lo mismo ocurrió cuando fueron llegando los nietos.

Sorprende la libertad con la que se refiere a todas las cuestiones, desde los juicios sobre su marido –que además son divertidos- hasta dolores de su vida que tardó tiempo en perdonar a Dios. En 1992 viajaron a Roma y visitaron al prelado del Opus Dei, entonces don Álvaro del Portillo, «quien nos recibió cariñosamente, y yo correspondí haciéndole un cúmulo de reproches. Don Álvaro es la persona más buena que yo he conocido y me lo demostró en aquella ocasión en la que le dije un montón de inconveniencias, que él las escuchó sin perder la sonrisa, e incluso haciendo movimientos de aquiescencia con la cabeza, como dándome la razón a lo que decía. Y lo que yo le decía es que no había derecho a que se hubiera muerto mi hija María, que era un ángel, una preciosidad de criatura, y que encima le habíamos puesto el nombre de la Virgen, María. Sin duda era la queja de una madre dolorida, que no olvidaba, pero como comentó después mi marido, parecía que le estaba echando la culpa a don Álvaro» (p. 69).

Estos párrafos ayudan a entender mejor el carácter de esta mujer del Opus Dei y su modo libre de afrontar la vida. Es un pequeño diario, políticamente incorrecto, que debería leer mucha gente para abandonar esquemas rígidos.

Mercedes Montero

César ORTIZ-ECHAGÜE, *José Ortiz Echagüe en el recuerdo de su hijo*, Madrid, Rialp, 2020, 1ª, 327 pp.

Adoptando un formato de memorias familiares, el presente volumen relata la vida y obra de José Ortiz Echagüe, pionero español de la aviación y la fotografía. El encargado de tan delicada labor es su propio hijo, tal y como apunta la sección final del título en la portada (en letra pequeña), un detalle no poco importante para entender mejor la estructura narrativa del libro.

La vida de Ortiz Echagüe fue ciertamente agitada, tanto desde el punto de vista personal como profesional. Formado en la Escuela de Ingenieros militares y perteneciente a una acomodada familia, participó en diversos hitos de la aviación (primer aviador en cruzar el Estrecho de Gibraltar; fundador de la empresa aeronáutica CASA), siendo a la vez testigo privilegiado de la gran transformación industrial que España experimentó durante el siglo pasado. Fue también un hombre transido de una singular mirada artística, una circunstancia que, unida a su posición desahogada, favoreció el desarrollo de una íntima vivencia de las posibilidades expresivas de la técnica fotográfica.

Estas memorias se ofrecen al lector desde la perspectiva de uno de sus ocho hijos, César, arquitecto que descolló en los años cincuenta y que fue más tarde ordenado sacerdote católico, al servicio de la Prelatura del Opus Dei. Pienso que es un detalle importante, puesto que la vida de José Ortiz Echagüe se narra precisamente al hilo de la biografía, vivencias y recuerdos de su propio vástago, hasta el punto de ir per-